

Dos conceptos clave de la renovación socialista en Chile

Lagos, Ricardo

Ricardo Lagos: Líder de la tendencia renovadora del Partido Socialista de Chile y presidente nacional del Partido por la Democracia (PPD), conglomerado instrumental creado para enfrentar a la dictadura de Pinochet, donde milita gente de izquierda, centro y derecha. Es abogado y economista.

Hacer socialismo en Chile, hoy, es buscar un camino claro para derrotar a la dictadura y restablecer la democracia, y ello pasa por tener una respuesta nacional y democrática a los problemas del país. Para algunos, lo nacional pertenece al pasado y se refiere a grupos pequeños «tradicionales». Para nosotros, lo nacional tiene que ver principalmente con mayorías, y se refiere al futuro. La idea de lo nacional ha estado siempre presente en el pensamiento de la Izquierda chilena. Sabemos con claridad meridiana que lo nacional debe ser popular. No hay opción realmente nacional que no parta de los intereses de la mayoría, en lo político, lo social, lo económico y lo cultural. Junto a ello, sostenemos que sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines. Pero la democracia puramente formal, de alcances civiles y políticos, tiene que tener un contenido económico y social, donde los derechos humanos no experimenten menoscabo alguno en provecho del poder del Estado o del progreso de la economía.

Durante estos largos años de dictadura, en Chile se pretendió suprimir el pensamiento socialista. Hoy está demostrado el fracaso de este intento por impedir que se pueda pensar. No sólo existe una fuerte presencia socialista en Chile, sino que también en estos años se ha repensado el socialismo. Se ha producido una renovación general en el pensamiento de la izquierda, renovación que por cierto no es monopolio ni patrimonio de nadie.

Renovarse es fortalecer y extraer lo positivo que tiene el pasado, y atreverse a apoyar lo nuevo. Del pasado mantenemos el sentido nacional y popular del socialismo

chileno, pero con una concepción distinta, como resultado de la experiencia totalitaria. De la misma manera, la vocación democrática del socialismo se ha visto enriquecida, precisamente, como reacción ante la misma experiencia dictatorial. Los derechos humanos, que en el Chile democrático parecían darse por sentados, hoy los vemos con una percepción distinta. Como socialistas, señalamos el respeto no sólo a los derechos esenciales del hombre, sino que en dicho concepto involucramos también el derecho a la salud, al empleo, al trabajo dignamente remunerado, a la educación y a la vivienda.

Hay entonces una forma distinta de pensar lo que es hacer política en el Chile de hoy desde una perspectiva socialista. En esta renovación ha influido, por cierto, la nueva realidad que se presenta a partir de una dictadura cruel que, con el apoyo del dinero, las armas y la ideología conservadoras, ha sojuzgado a Chile por mucho tiempo.

En este proceso dictatorial se ha modificado el país: hoy en términos absolutos hay menos obreros que los que hubo en 1973 y, por tanto, el peso relativo de la clase obrera definida en el sentido clásico, es menor; ha habido una transformación drástica de las relaciones en el campo, en donde hoy se presenta una explotación de tipo capitalista; se ha dado un privilegiamiento respecto a los sectores terciarios y, particularmente, el financiero. Esta evolución no tiene nada que ver con la naturaleza propia del mundo industrializado, sino que es el resultado de un estilo de desarrollo que tiene por objeto favorecer la acumulación de unos pocos en desmedro de la mayoría. Pero todo esto ha significado un cambio en la realidad social, a partir de la cual debemos repensar a Chile y en cómo avanzar al socialismo.

A este primer hecho, que obliga a una reformulación socialista, se agrega la experiencia de esos miles y miles de socialistas y de otros miembros de la izquierda chilena en el exilio, que de una u otra forma han estado por más de tres lustros observando la realidad chilena desde fuera. Los que miran a Chile desde Europa, desde otros lugares de América Latina, desde EEUU, desde Polonia, desde la Unión Soviética, lo ven hoy de una manera distinta, y esto le otorga a la tarea de repensar el socialismo nuestro una óptica mucho más universal. Por otra parte, en las soledades de la larga noche de la dictadura, ha habido tiempo para acercarse a los clásicos, volver a ellos, redescubrir a Bobbio y a Gramsci y, en consecuencia, hay una impronta teórica distinta; más amplia. Estos hechos, la nueva realidad de Chile, la visión más universal y el redescubrimiento de los clásicos - y otros no tan «clásicos» - del socialismo, son los que están en la raíz profunda de la renovación de la izquierda en Chile.

Dentro de este resurgimiento, quisiéramos por ahora remarcar dos puntos: el primero, que el tema esencial de Chile hoy es el problema nacional; y segundo, que la democracia es un bien por sí misma y ella debe ser afirmada y profundizada. En las líneas que siguen intentamos explicar por qué tiene que haber una respuesta socialista frente al problema nacional y, a la vez, por qué hay necesidad de una profundización del concepto democrático a partir del socialismo. Estamos conscientes de que nuestros planteamientos al respecto están fuertemente influidos por la situación actual de Chile. Pero es imposible poder sustraerse de ella, cuando una dicotomía del país es mantener la dictadura o avanzar a la democracia. La forma de resolver este dilema afecta a todas las tendencias del país y, por cierto, también al socialismo. Por ello podemos decir, que hacer socialismo en Chile hoy es buscar un camino claro para derrotar a la dictadura y restablecer la democracia, y ello pasa por tener una respuesta nacional y democrática a los problemas del país. Es lo que intentamos aclarar en las líneas siguientes.

Lo nacional y popular

La dictadura ha puesto en dramática evidencia que la integración nacional no es algo dado, ni es necesariamente un proceso en crecimiento continuo, que no pueda ser interrumpido. La sociedad chilena puede ser efectivamente disgregada, atomizada por un grupo minoritario que cuente con la fuerza suficiente para ello. El pasado reciente ha desarraigado a muchos chilenos; la mera subsistencia en el interior ha sido un triunfo frente a políticas tan excluyentes en lo político, en lo económico y en lo social.

Soportamos un gobierno que, por una parte, parece salido de un texto marxista: es un gobierno del gran capital y los monopolios, con fuerte influencia de las empresas transnacionales y el capital financiero internacional; es un gobierno que representa la última razón de la burguesía, que - perdedora - llama a sus guardianes a custodiar sus bienes, que siente amenazados. Por otra parte, sin embargo, es un gobierno sacado de una tragedia de la Antigüedad. El monopolio de la fuerza por un tirano le permite manipular a la gente y a la realidad hasta situaciones increíbles.

La crisis chilena es de tal magnitud y profundidad, que las soluciones tradicionales no sirven para superarla. No hay persona, partido o grupo social que pueda darle solución por sí solo. Este es el punto central que debe plantearse y resolver cualquier propuesta para el Chile de hoy, que busque una salida nacional a la crisis.

Los grupos dominantes han demostrado hasta el exceso su incapacidad de pensar a Chile como país, como unidad con destino nacional. Incapaces de ver más allá de los intereses personales o de grupo, intentan engañar a la opinión pública haciéndose pasar por «nacionalistas». Esta es, sin duda, una extraña paradoja. La oligarquía chilena perdió hace mucho tiempo su capacidad de dirigir nuestro país con criterios nacionales. Encerrada en la defensa de sus intereses, cada vez más particulares, ha impuesto a Chile un camino al subdesarrollo y a la desintegración social. Si en estos 16 años no lo hicieron, no serán los grupos dominantes tradicionales, ni los Chicago Boys u otros tecnócratas, ni la dictadura militar, los que ahora puedan plantear una solución verdaderamente nacional al país. Sólo una amplia mayoría nacional y popular puede proponerse y resolver con éxito este desafío.

Chile es una realidad colectiva y concreta, no es un fundo ni una mera opción ideológica. Va más allá de los modelos, existe más acá de las utopías. El país ha sufrido los embates - a veces bienintencionados de muchos «mesías» y no hay problema en Chile para el que no exista una explicación y una solución globalizante.

Hay que llevar sentido común a los lugares donde se toman decisiones que nos afectan a todos: hay que reconocer a nuestro país tal cual es, de modo de mejorar lo bueno y superar lo malo con los elementos que tenemos. Dejemos de suponer que la solución al problema de Chile es eliminar chilenos o ignorar las demandas de los chilenos: ambas actitudes en realidad suponen que el problema no existe, lo que las hace malas soluciones. El problema de Chile es la inclusividad, la integración de todos los chilenos a un presente compartido y en el que todos encuentren un lugar.

Chile ha sido hecho con el aporte de personas muy diferentes, no es obra de un grupo ni se hizo en una década; es el resultado de la larga acumulación de historias que desde distintas perspectivas han hecho avanzar al país, lo han hecho mejor y más complejo. Esto sigue siendo así y seguirá siéndolo en el futuro, especialmente si dejamos de negarnos unos a otros.

Para algunos, lo nacional pertenece al pasado y se refiere a grupos pequeños. Para nosotros lo nacional tiene que ver principalmente con el futuro y se refiere a las mayorías.

Lo que une a los chilenos, como señalara Gabriela Mistral, es «la voluntad de ser», de seguir avanzando en la construcción de un país común. En este sentido es importante perder la ilusión de, sencillamente, sumar intereses y llegar a un programa máximo, inviable política y económicamente. Un camino de salida es la rearti-

culación de los intereses en torno a una concepción de lo nacional que represente a la mayoría. Para ello, es necesario interpretar a la sociedad chilena partiendo de ella misma, y emprender una operación política de gran envergadura. Aquí es donde los partidos políticos son irremplazables. La autoidentidad de las mayorías no debe consistir tanto en diferenciarse del vecino, como en percibir la enajenación conjunta en relación al ejercicio del poder nacional por parte de una minoría plutocrática y, en este momento, de un dictador personal. Lo nacional no es aditivo, como señalara Faletto.

Un futuro para todos

Lo anteriormente dicho nos da elementos de juicio suficientes para entender mejor el proceso de la Unidad Popular (1970-1973). La UP fue un gobierno que contó con un gran apoyo popular, pero no el suficiente para la magnitud de los cambios que se proponía: incluso la propia coalición de gobierno estaba minada por contradicciones políticas importantes. Por otra parte, la visión tradicional de la izquierda hizo que su programa fuera una suma de demandas sectoriales no articuladas en torno a una visión nacional de desarrollo. En este sentido, un corolario fundamental es que sólo puede haber socialismo en Chile el día que la vasta mayoría de los chilenos lo reclame.

La tarea nacional del momento es encontrar un orden posoligárquico. Este tránsito, iniciado hace 70 años, aún no llega a puerto. Hemos tenido, entre tanto, intentos populistas - civiles y militares - en los años 20; una república socialista y un intento de restauración oligárquica en los años 30; gobiernos meso-populares en los años 40; el terremoto ibañista (populista) entre 1952 y 1958 y, desde entonces, cuatro gobiernos ¹ con planificaciones globales, como señalara Mario Góngora.

La idea de lo nacional ha estado siempre presente en el pensamiento de la izquierda. Como todo pensamiento valioso, ha evolucionado. Siempre supimos que lo popular es nacional. Pero hoy resulta de una claridad meridiana que lo nacional debe ser popular. Este no es un juego de palabras. No hay opción realmente nacional que no parta de la mayoría en lo político, lo social, lo económico y lo cultural. Por eso nuestra vocación de poder. No queremos el gobierno para repartir ni administrar este capitalismo decadente que, como señalara Galeano, es ya un viaje con más naufragos que navegantes.

¹Jorge Alessandri, conservador; Eduardo Frei, demócratacristiano; Salvador Allende, socialista; Pinochet, ultraliberal (en lo económico).

Se trata de lo popular en un sentido amplio, no restrictivo ni manipulador.

¿Qué hay dentro de la categoría de «lo popular»? En primer lugar, lo que corresponde a la mayoría, o a las mayorías nacionales. En el terreno político significa participación creciente a todo nivel. En el económico, centrarse en la satisfacción de las necesidades básicas. En lo cultural, permitir que se libere de restricciones políticas, ideológicas y económicas a la creatividad de la mayoría.

No se trata de hipostasiar lo popular, transformarlo en un sujeto mítico, perfecto, concluida. Por empezar, no es homogéneo, política, económica y culturalmente. De allí la necesidad de una política de alianzas que permita expresar lo popular de la mejor manera posible. En segundo lugar, no existe un programa popular que ya esté pensado; formularlo es una acción política que puede ser más o menos exitosa.

Hemos aportado, leal y creativamente, a la búsqueda de una salida nacional para la crisis actual.

El patriotismo y el sentido nacional deben ser fundados en un futuro compartido. El alma nacional, que ha superado tantos escollos, que ha dejado tantos mártires en el camino de la profundización democrática del país, seguirá adelante. Nos toca - a millones, hoy - el alto honor de ser sujetos de la profundización y perfeccionamiento del alma de Chile. El pasado nos urge a levantar este país, a hacerlo solidario y democrático. Reconocemos en nombres ilustres de la historia nuestra, Lautaro, O'Higgins, Bilbao, Balmaceda, Recabarren, Aguirre Cerda, Allende, y tantos otros, a nuestros antecesores políticos. Por otra parte, el futuro nos llama, queremos forjar un país moderno, en el que nuestros hijos crezcan sanos, libres, creativos, y en el que la dictadura sea una mala palabra, en el país y también en la casa.

Atrevámonos a recuperar nuestra libertad. Dejemos atrás el pasado y miremos el Chile del futuro que todos queremos grande. Que Chile llegue a ser la casa de todos, sin que nadie nos aterrorice. Que convivan con nosotros aquellos que tienen un pensamiento de derecha y aquellos que tienen uno de centro, con aquellos que sostenemos ideas de izquierda. Que la diversidad enriquezca al país y la libertad lo una, como señala el poeta Patricio Manns. Que el sectarismo y los afanes de anteponer los intereses de un grupo a los de la mayoría vayan desapareciendo progresivamente de la faz del país.

Ningún chileno debe seguir siendo extranjero en su país; el Estado y el gobierno deben estar al servicio de la gente y no vivir de la gente, manteniéndola aterrada.

En definitiva, se requiere una salida nacional frente al autoritarismo: es indispensable la unidad de todos los chilenos que deseamos la democracia para Chile. En segundo lugar, se requiere una salida nacional a la crisis de la democracia. Deben fijarse las normas básicas de convivencia social y política que deberán ser acatadas por todos los chilenos en el futuro. Con dicho acuerdo se garantizará el respeto a los derechos políticos y humanos en general de las grandes mayorías nacionales y también a los de las minorías. Se trata de reemplazar la lógica de la guerra por la de la concertación. Defender y expandir la sociedad civil será un deber y un derecho de todos.

Por último, se requiere una solución nacional para el futuro de Chile. Es fundamental poner en primer plano los problemas y la voluntad de las grandes mayorías nacionales, es decir, del pueblo de Chile. El programa nacional es terminar con el sectarismo en lo político, con la marginación en lo social y con la falta de oportunidades en lo económico. Esto, porque Chile somos todos los chilenos. Optimizamos nuestras capacidades si estamos unidos y para estar unidos tenemos que hacer posible el compartir un proyecto común, un futuro para todos.

Democracia, libertad e igualdad

Tras largos años de dictadura, muchos conceptos adquieren un valor nuevo como resultado, precisamente, de su constante olvido por el poder dictatorial. Uno de ellos, sin duda, es el sistema democrático y los mecanismos y métodos de carácter democrático para alcanzar consenso en una sociedad. Como resultado de la experiencia autoritaria, en que una clase social ha impuesto al resto una política en su propio beneficio con exclusión de las mayorías, es que surge con nitidez la necesidad de restaurar valores democráticos que permitan, mediante métodos de dicho carácter, hacer valer los intereses y necesidades de la mayoría.

El socialismo y, en general, la izquierda chilena, han hecho contribuciones muy importantes para la profundización y perfeccionamiento del sistema democrático chileno. Nadie podría negar que el siglo XX significa para la sociedad chilena un proceso, lento pero continuo, de incorporación de diversos sectores sociales a la toma de decisión de las políticas que el país debe aplicar. Es cierto que quedaba mucho por hacer. Sin embargo, esa tarea inconclusa quedó así precisamente por la irrupción de un sistema autoritario, que se ha caracterizado por la exclusión de los sectores mayoritarios en la toma de decisiones sobre lo que debe ser el país y adónde va.

La reivindicación que hacemos del rol del socialismo en la profundización del sistema democrático chileno cobra mayor importancia, cuando en los últimos años se ha querido presentar la caricatura de que socialismo y democracia son incompatibles.

El socialismo intenta conciliar lo que para el hombre aparece hasta ahora difícilmente alcanzable: hacer que la libertad y la igualdad sean valores compatibles y que se refuerzan el uno al otro. Es cierto que hay sociedades que tienden a privilegiar el concepto libertario y olvidan que la libertad, cuando no es entre iguales, en la práctica retiene sólo el nombre de tal. De la misma manera, otras organizaciones sociales tienden a poner énfasis en la igualdad, esto es, en el derecho que tiene el hombre de tener iguales oportunidades en su desarrollo en la lucha por la vida. La búsqueda de la igualdad hace que muchas veces la libertad del individuo quede sometida a un segundo plano, en tanto se privilegia el valor de la igualdad y se entiende que, para alcanzarla, la libertad tal vez deba ser sacrificada.

El socialismo está en condiciones, precisamente por sus características intrínsecas, de establecer la compatibilidad entre la libertad y la igualdad.

Eugenio González² ha dicho que no es posible separar el socialismo de la democracia y ha agregado: «Sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines, sin que ellos se vean desnaturalizados. No se trata, por cierto, de la democracia estáticamente concebida, en pugna con el proceso histórico, sino de una democracia viva, que se vaya modificando orgánicamente, de acuerdo con las mutables circunstancias de la existencia colectiva. La democracia puramente formal de alcances civiles y políticos, tiene que llegar a ser una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral, que es, por sobre todo, la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del Estado o del progreso de la economía».

En otras palabras, Eugenio González está proclamando la identidad de socialismo y democracia y la forma en que estos conceptos no pueden tener un carácter estático.

¿Cuáles son los criterios para definir la democracia? Pensamos que Norberto Bobbio los ha caracterizado muy bien: a) sufragio adulto, igual y universal; b) derechos cívicos de libertad de opinión y de organización política; c) decisiones tomadas por

²Notable figura política y cultural. Fue cofundador del Partido Socialista de Chile en 1933, Secretario General del mismo, senador y Rector de la Universidad de Chile (N. de la R.).

voto mayoritario; y d) garantías de los derechos de las minorías contra abusos de las mayorías.

Así definida la democracia es para nosotros, socialistas chilenos, un fin en sí mismo, no un instrumento de algún otro fin.

Sin embargo, la democracia entendida como el conjunto de normas de carácter político que permiten elegir y ser elegido y determinar lo que son las instituciones políticas de una sociedad, aparece como un conjunto de normas insuficientes para una participación real de los distintos sectores sociales. Nosotros proclamamos la necesidad de una democracia de tipo participativo; por ello, sostenemos que la democracia no es solamente una técnica para administrar el poder, sino que tiene que ser también algo más importante: un mecanismo permanente para construir y reconstruir la sociedad en la cual vivimos. Lo anterior implica que la democracia requiere un grado de participación real y, a su vez, la participación, para que sea efectiva, tiene que darse en una sociedad en donde la igualdad no es sólo una palabra o un ejercicio retórico.

El socialismo busca, junto con ampliar la democracia en sus elementos políticos, el enriquecimiento de la misma a través de grados crecientes de igualdad económico-social, de suerte que todos puedan participar en ella de un modo verdadero.

En otras palabras, es necesario un sistema económico y social que no excluya sector social alguno. Es sólo en ese proceso de inclusión real en donde la democracia adquiere toda su plenitud. Y en nuestra opinión, sólo un proceso socialista puede garantizar la no exclusión de sector social alguno. Por ello es que decimos que la democracia adquiere un sentido final y real sólo en un sistema socialista. Esto, porque el capitalismo es esencialmente excluyente, y en él, sólo un pequeño núcleo tiene participación activa.

Democratización de la vida material

La democracia requiere condiciones materiales para ser completa. Porque ¿qué democracia es aquella en la que mueren niños de desnutrición, en la que quedan jóvenes al margen de la educación, en la que no hay trabajo para todos? ¿Cómo se obtiene el apoyo masivo para una democracia que sistemáticamente no permite sobrevivir en condiciones humanas a una parte de la población? Por ello, la vida material también debe ser democratizada.

Cuando se plantea reconstruir la economía, para nosotros, se requiere hacerlo en torno a tres principios fundamentales: primero, tener una economía al servicio de la mayoría nacional; segundo, tener una economía cuyas grandes decisiones y las más centrales se hagan mediante la participación democrática de todos, especialmente en lo que se refiere a los grandes flujos de inversión; y tercero, tener una economía diversificada e integrada de acuerdo a lo que hoy son las necesidades de las grandes mayorías.

Nuestro enfoque de la economía es socialista. Pensamos que la producción y la distribución de bienes en Chile también debe ser democrática. Esto es, que la comunidad debe participar en la organización de la producción y en la decisión sobre la asignación del excedente económico. ¿Qué se produce, cuánto se invierte, y en qué? ¿Cuánto se ahorra y cómo?, son preguntas cuyas respuestas afectan a todos los chilenos, y todos deben darlas.

No estamos, por lo tanto, proponiendo cambiar a unos pocos capitalistas por unos pocos burócratas en los puestos decisivos, sino democratizar estas opciones.

Esta democratización fundamental contribuirá - pensamos - a superar las deficiencias que ha demostrado la actual organización de la economía nacional, permitiendo acercarnos en forma gradual al uso óptimo de los recursos y las capacidades del país. La apropiación social de la economía tiene un necesario correlato con la democracia política, ya que ambas son expresiones de la soberanía popular.

En la práctica, esto significa, entre otras cosas, que las actividades con mayor capacidad de generar excedente no pueden ser propiedad de algunas personas, sino de toda la comunidad. Por otra parte, la enorme mayoría de las empresas productivas seguirá siendo de propiedad privada o mixta, si sus propietarios lo desean.

Una economía será más o menos socialista en lo económico, según el grado de democracia que exista en cuanto a la producción y a la apropiación del excedente. Por lo tanto, la estatización per se no equivale a la socialización, ni todo lo que siga siendo privado podrá funcionar «por la libre». Será la comunidad la encargada de dictar las reglas del juego. De este modo - creemos -, se superarán las deficiencias económicas y sociales de la apropiación individual del excedente y también las distorsiones de nuestro sector público, que no planifica para el bienestar de la comunidad.

El país necesita de una estrategia de desarrollo que tenga como norte fundamental el aprovechamiento de nuestros recursos naturales y el empleo pleno de la fuerza de trabajo, para producir los bienes y servicios que satisfacen las necesidades básicas de la población. Así, son objetivos centrales de nuestra propuesta de mediano plazo, la satisfacción de las necesidades esenciales de la población y la reducción de las desigualdades sociales. Para el logro de ambas es fundamental alcanzar un crecimiento sostenido del producto nacional, en condiciones de una gestión económica crecientemente democrática.

Nuestra estrategia económica se caracteriza por la prioridad que otorga a la creación de empleo productivo, al aumento de la productividad y a la elevación de los ingresos del trabajo. El aumento del empleo productivo debe constituirse desde el inicio en una meta fundamental del programa económico y social, permitiendo al Estado garantizar el derecho al trabajo y a ingresos mínimos satisfactorios.

Por otra parte, debe terminarse con la irrestricta apertura externa y aplicarse una estrategia de desarrollo que combine la necesaria protección de las actividades productivas nacionales con una inserción selectiva en la economía internacional.

Lo anterior requiere mejorar los sistemas de educación, salud, transporte y una mejor protección del patrimonio natural del país. Todo esto en un contexto de creciente autonomía nacional de decisiones sobre el destino del país.

Estas son orientaciones generales. Pero ellas serán las que nos servirán en la transición, pues ésta debe afectar también a la estructura socioeconómica que dejará la dictadura.

Papel del Estado

Las mayorías requieren la democracia y la democracia necesita un Estado eficiente, que cautele el bien común. Nunca en la historia de Chile ha habido un Estado más poderoso como el actual, ni que se entrometa en un mayor número de planos que el actual. En estos dieciséis años de dictadura ha habido más Estado y más arbitrariedad que nunca, ejercida a través de la coerción del aparato del Estado. En la historia del Chile contemporáneo nunca hubo un sistema político, social, cultural y económico tan estatista como el actual, pese a que se autocalifica de «prescindente».

No queremos una sociedad en la que el país se confunda con el Estado, el Estado con el partido y el partido con su directiva: eso no correspondería a la historia de Chile. Del mismo modo, tampoco corresponde a esa historia la existencia de un Estado omnipotente en la defensa de los intereses de pequeños grupos y manejado por una persona, quien tiene el poder, porque controla la fuerza.

Es fundamental reconocer la matriz económica sobre la que se ha fundado el desarrollo chileno durante mucho tiempo: se trata de una economía mixta, en la que el Estado es importante, como lo es también el sector privado. Esta realidad no se altera a última hora malvendiendo empresas financiadas por todos los chilenos a interesados nacionales o extranjeros, como pretende la dictadura.

Es necesario eliminar el doble estándar conforme al cual el Estado es bueno, si es mío, o es malo, si es de los demás: el accionar estatal debe corresponder a todos los chilenos. De allí que lo principal, pensamos, no es sólo el tamaño del Estado, sino también qué hace el Estado, cómo se deciden, aplican, evalúan y modifican las políticas públicas que afectan la vida de todos. Necesitamos un Estado mejor: transparente, con funcionarios responsables de sus errores, un Estado democrático. Sólo de esa manera podrá evitarse en el futuro que cualquier cambio en los equilibrios de poder ponga al Estado al servicio de una minoría.

Socialismo y estatismo no es lo mismo. Lo que se requiere es un Estado musculoso, ágil y democrático; sin él no habrá jamás socialismo - ni desarrollo - en Chile. No hay mejor palanca que el Estado para «agrandar la sociedad civil», si se tiene conciencia de que hay que hacerlo. Reducir la discusión sobre el papel del Estado a su «tamaño económico» es entrar de lleno en la fantasía de la unilateralidad. Si bien existe una relación entre tamaño y carácter, ella corresponde mejor a tipos extremos. Nadie ha desmantelado en modo sumo la sociedad civil que el actual Estado «prescendente» en lo económico. Por otra parte, en lo político y lo social, el Estado no sólo no ha sido prescendente ni neutral, sino activo interviniente y represivo.

Creemos que el concepto de «áreas de propiedad», como unidades físicas que trabajan con lógicas diferentes, está superado. El sector público debe ser también eficiente y el sector privado debe ser productivo y no especulativo. La definición de las grandes orientaciones del desarrollo nacional no debe ser estatal ni privada (¡poco ganaríamos reemplazando a los grupos económicos por camarillas de burócratas!) sino política, esto es, debe ser hecha por y para el conjunto de los chilenos. Su aplicación corresponde al trabajo de las empresas públicas y privadas.

Democracia y sociedad civil

Este es otro campo en el cual la dictadura ha producido efectos importantes. Todo régimen dictatorial busca destruir los mecanismos por los cuales la sociedad civil logra expresarse; estos mecanismos, en el plano político, son por excelencia los partidos. El proceso mediante el cual éstos fueron destruidos o declarados en receso es conocido. Frente a ello, la sociedad siguió teniendo demandas que expresar y los distintos sectores y clases sociales se movilizaron para defenderse aún en el período más siniestro de la dictadura. Como no había partidos políticos, surgió un movimiento social que tiene un grado mayor de autonomía de los partidos políticos que lo que existió en el pasado. Esto nos parece un hecho positivo. También parece positivo el que en el último tiempo gracias a la movilización y a la lucha, haya sido posible para estudiantes, profesionales, trabajadores, pobladores, mujeres, comenzar a reconstruir sus propias organizaciones sociales y desarrollarlas.

Es cierto que dentro de estas organizaciones lo político, muchas veces, hace que se alineen los distintos sectores al interior de ellas, pero el grado de autonomía que allí se está dando es algo que la sociedad futura de carácter democrático debe preservar. Hay una realidad social concreta en el mundo universitario o en el mundo de la fábrica, que puede expresarse políticamente de un modo distinto al del país. Pretender trasladar mecánicamente las relaciones políticas de un país a cada grupo social es un grave error.

Pero, por lo mismo, no pueden inferirse «lecciones» de un cierto entendimiento político en la base social al resto del país. Las elecciones estudiantiles universitarias son un buen ejemplo. Los jóvenes viven su realidad y deben reaccionar políticamente frente a esa realidad que puede no coincidir con la del país. Aquí, los socialistas defendemos firmemente la autonomía de lo social.

Como resultado de la larga oposición a la dictadura, los distintos sectores sociales han llegado a tener capacidad para organizarse y hacer valer directamente sus demandas. Esto se ha hecho sin la mediación de los partidos, como tendía a ocurrir en el pasado y, por tanto, reafirmarnos que las organizaciones sociales tienen hoy un grado de autonomía mayor de los partidos políticos que el que pudieron haber tenido en el pasado.

Esto es positivo para un sistema democrático, en tanto tenemos que acostumbrarnos a que no todo se agota en el Estado. Que hay un conjunto importante de decisiones que deben tomarse en otras instancias de la sociedad civil y no necesaria-

mente en el seno del Estado. En consecuencia, en la medida en que se fortalezca este tipo de instituciones, estaremos más cerca de una sociedad democrática.

Esto requiere dotar a esos cuerpos sociales de una autonomía y, a su vez, requiere, por parte de los sectores políticos, el respeto a esa autonomía, que emana de la realidad particular que cada uno de estos cuerpos sociales está viviendo. Por ello, los socialistas decimos que es erróneo querer inferir de lo que ocurre en determinadas áreas de la sociedad, políticas de carácter nacional, y viceversa.

En este sentido, democracia no es solamente una técnica para administrar el poder, como ya se dijo. La democracia tiene que ser también algo mucho más importante: un mecanismo permanente para construir y reconstruir la sociedad en la cual vivimos. Cuando se dice soberanía con responsabilidad directa del pueblo, se está diciendo democracia en los lugares de trabajo, en cada sector de la sociedad donde exista un grupo de hombres y mujeres que trabajan mancomunadamente, y no sólo como un ejercicio de control sobre un poder político que se encuentra lejano, en un Congreso o en el Palacio Presidencial.

El futuro

Lo que debe unir a los chilenos es su lucha por la libertad y su confianza en un futuro compartido; sentirse parte de un país que avanza hacia el futuro, con el aporte de todos los que viven en él. Y no existe mejor manera de mantener la libertad que la democracia, en la que cada persona o grupo puede hacer oír su voz. La gente debe discutir libremente y decidir civilizadamente, según las mayorías que se puedan formar, respecto a los distintos temas.

Democracia es darle a todos las mismas oportunidades, asegurarle a todos educación y salud, trabajo y recreación; participación en la vida política a nivel comunal, regional y nacional; posibilidades de creación cultural que agranden el país hacia adentro y hacia arriba, que lo hagan crecer espiritualmente. Y, simultáneamente, democracia significa deberes: respeto a los demás, aporte al crecimiento del país en la medida de las propias fuerzas. Cada uno en su trabajo u ocupación, en su lugar de estudio, haciendo grande a Chile. La democracia nos ofrece a todos por igual la oportunidad de ser distintos respecto de lo que queramos ser.

La eficiencia, la justicia social y la democracia son caminos al futuro. La dictadura personal, la polarización social y económica, la concentración excesiva del poder económico y del político, son anclas del pasado.

Europa fue devastada por el fascismo, pero muchas sociedades se reconstruyeron a través de gobiernos nacionales y experiencias nacionales. De Gaulle entró a París y gobernó con el PCF por año y medio; y en Italia, De Gásperi, el líder demócrata-cristiano, gobernó con un viceprimer ministro, Togliatti, comunista, durante ocho meses. Estos países han podido dar respuestas nacionales a situaciones de profunda crisis para reconstruirse, y eso es un tema que tenemos que entender y captar.

Chile, por su parte, cuando nacionalizó el cobre en 1971, dio una respuesta nacional: todo el Congreso aprobó la nacionalización. Si bien ese fue un tema que planteó inicialmente la izquierda con mucha fuerza, luego la demanda de nacionalización se amplió a otros sectores de la sociedad chilena, hasta que al final tuvo el apoyo de todo Chile.

Por eso digo que cuando estamos enfrentando el tema de la crisis de la sociedad, no basta sólo el tema de la unidad, que se grita tan fácilmente; no basta con decir «quiero unidad» para terminar con la dictadura, si no la tenemos para otros fines, si no la buscamos también con un cierto grado de humildad para reconstruir Chile en su adversidad. Aprendamos al menos esto: que la democracia la perdimos entre todos porque no supimos cuidarla cuando la teníamos. Aceptemos, también, que no podemos llegar con opiniones predeterminadas a recuperarla.

El drama que hemos vivido es demasiado profundo y prolongado, todos lo sabemos; lo que nos ha ocurrido como sociedad es demasiado dramático y debemos entender que más allá de pequeños intereses de partido, de grupos, de cúpulas diferentes, tenemos un destino nacional superior.

Con esto no estoy diciendo que cada corriente deje de ser lo que es, lo que estoy diciendo es que tiene que haber, a lo menos, un elemento mínimo de entendimiento, para que a partir de ahí sigamos planteando nuestras discrepancias, y para que a partir de ahí los unos intenten construir el socialismo y los otros intenten preservar lo que tienen en una sociedad capitalista. Pero hoy, ahora, lo importante es poner fin a esta pesadilla, entendiendo que la pesadilla no es sólo Pinochet, sino esta crisis que desangra a nuestra patria, a la cual es necesario reconstruir.